



# NÓMADA

===== ARTE Y LITERATURA =====

AÑO I.

NÚM. 2.

Ayuntamiento de Madrid

# NÓMADA

== REVISTA MENSUAL ==

AÑO 1912.-MES DE MARZO.-NÚM. 2

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

TRIMESTRE. . . .	3 pesetas en toda España.				
POR UN AÑO . . .	10	»	»	»	»
NÚM. SUELTO. 1		»	»	»	»

### Director

M. Altolaguirre Palma

### Gerente

Leocadio Martín Ruiz

### Secretario de Redacción

Antonio Fernández Fenoy

### Colaboradores

Miguel de Unamuno, Arturo Reyes, Francisco Villaespesa, José Muñoz San Román, Jacinto Benavente, Cristóbal de Castro, Enrique Romero de Torres, Fernando Fortun, Alberto A. Cienfuegos, Pedro de Répide, Ricardo León, Pío Baroja, Ramón del Valle Inclán, Santiago Rusiñol, Carmen de Burgos, Andrés González Blanco, Eduardo Baro, A. Reyes Guillot, José Francés, Gabriel Miró, Juan Pujol, Emilio Carrere, Manuel y Antonio Machado, Salvador G. Anaya, Manuel Góngora, Andrés Vázquez de Sola, Constantino R. Carnero, Francisco de P. Valladar, José Fernández del Villar, Diego San José, Isaac Muñoz, Salvador Rueda, Enrique López Alarcón, Antonio Zozaya, Eduardo Zamacois, Ramón A. Urbano, Luis Bello, Ricardo Baroja, Luis París, Francisco Vera, Ramón Pérez de Ayala, M. B. Cossío, Andrés Obejero, M. Utrillo, Joan Pí, Antonio Gullón, Enrique de Mesa, Juan R. Jiménez, Julio Pelli- cer, F. García Sanchiz, Eugenio Noel, Tomás Borrás, Goy de Silva.

Todos los trabajos que se remitan á NÓMADA han de ser originales é inéditos. Dichos trabajos se dirigirán al Secretario de Redacción, Gondomar, 10 (Córdoba), donde se hallan establecidas nuestras oficinas. Para todo lo relativo á la suscripción ó venta en comisión, dirigirse al administrador. NÓMADA se expone al público en las principales librerías de España y América, al precio de **una peseta**. No se devuelven los originales.

Redactor-Representante en Madrid  
A. Jiménez Lora

== CÓRDOBA.-1912==  
IMPRENTA LA VERDAD



# NÓMADA

— ARTE Y LITERATURA —



## EL GRECO

FRAGMENTO DE UN ESTUDIO DEL ARTE EN TOLEDO

...Sólo Toledo guarda con profusión los más admirables cuadros de el Greco (*El Expolio*, *El entierro del conde Orgaz*), artista del siglo XVI, que empieza á ser estimado con justicia como el precedente indispensable para explicar la génesis de la obra del gran Velázquez. Fírmase en sus cuadros con caracteres griegos: *Domenicos Theotocopoulos*, *Cres*, es decir, cretense, aunque se ignora el pueblo de su nacimiento y se saben muy pocos pormenores de su educación artística y su labor antes de venir á España, á donde llegó por los años de 1576 á 77. Su trabajo aquí fué tan genial y de tanta originalidad, que no puede menos de considerarse al Greco como el primer gran pintor que inaugura el siglo de oro de la escuela española, y á su influjo, como capital y decisivo en la misma. Velázquez, el maestro español por excelencia, el único que, sin vacilar, puede nuestro país poner al lado de los más grandes del mundo, no hubiera existido, tal vez, sin el Greco. Al menos es imposible concebir la obra del uno sin la del otro. Y, sin embargo, ni el Greco fué nunca maestro de Velázquez, ni éste hay noticia de que llegase á conocerlo; pero debió estudiar á fondo y directamente, no con Tristán, como suele decirse, sino en los cuadros mismos del Greco, é inspirarse y aprender en ellos, según es fácil ver cuando se comparan obras especiales de uno y otro artista.

Educóse el Greco en Venecia, y aprendió del Tintoretto más que de ningún otro maestro; pero alcanzó pronto la poderosa originalidad que le distingue. He aquí su nota más saliente: Cuando toda la pintura de Italia y de los demás países movíase dentro de la serie de los colores rojos ó *xántica*, produciendo, por consiguiente, en los cuadros una entonación *caliente* y un predominio de los tonos dorados que el Tiziano, por ejemplo, lleva á su más alta expresión,

el Greco es el primer pintor que rompe con este sistema y emplea decididamente la serie *ciánica* ó de los colores azules, con predominio de los tonos plateados, resultando, por tanto, sus cuadros de entonación *fría*, como ocurre en general en la pintura contemporánea, sobre todo en Francia. Velázquez, hace luego lo mismo merced, sin duda, al influjo del Greco; y son los dos únicos pintores que ven *frío* y que tienen el valor de pintar como ven, cuando todo el mundo veía y pintaba *caliente*. Por esto, entre otras razones, Velázquez, con haber sido siempre tan altamente estimado, no ha podido llegar á ser el ídolo de los artistas hasta la época actual, en que todos *ven frío* y en que, á causa principalmente de este modo de ver, y aun sin contar con sus admirables cualidades, se le considera, sin excepción, como el maestro por excelencia. Y por esto mismo el Greco, menos conocido hasta ahora que Velázquez, empieza á ser reconocido como el *gran precursor* á quien se debe todo, superior en ciertas dotes para algunos, aun al mismo Velázquez; y es para muchos de los ultramodernistas, el padre del impresionismo, no sólo á causa de la tonalidad, sino también del modo de usar la luz y el color, por reflejos. Si esto es verdad, y los impresionistas han podido hallar, cuando no lo esperaban, en el Greco un patriarca que ampare sus tendencias, acreditándolas de noble estirpe y abolengo, ojalá cuidasen de heredar, haciéndoles todo el honor debido, las otras condiciones que en el gran maestro van siempre unidas á la tonalidad fría y á la luz por reflejos, las que le hicieron abrir surco tan profundo en la historia del arte, y sin las cuales el modernismo no lo ha de marcar ni grande ni pequeño: el admirable dibujo, la indestructible construcción de las figuras, la vida y la individualidad que rebosan, la concepción, siempre grande, siempre genial y llena de ideas de sus obras. Porque el Greco es uno de los últimos, tal vez el último artista universal del Renacimiento, lleno de cultura en el espíritu, de fecundidad en la producción, de facilidad en la técnica, arquitecto, escultor y pintor á un mismo tiempo. Su importancia y significación en la historia del arte suben de día en día y están destinadas á continuar subiendo. En todo lo que en su obra procede de la genialidad, del poder de expresión, de la alta idealidad, ni el mismo Velázquez tal vez le supere. De aquí nacen también sus defectos, de su carácter genial, sobre todo; perteneciendo al mismo género, si es lícito hablar así, que los de Miguel Angel. Como éste, pinta más para sí que para el público, de cuyo gusto y exigencias solía cuidarse poco; y con frecuencia se atrevió á ir más lejos de lo que probablemente consiente la pintura, á la cual, quién sabe si pidió á voces lo que en sus condiciones artísticas no podía darle...

M. B. COSSÍO.



## Balada de crepúsculo



Junto á los leños que arden  
están el viejo y la niña.

El viejo, teme á la muerte;  
la niña, reta á la vida:

—¡Cómo pesan los dolores!

—¡Cómo se ríe la brisa!

—¡Cuántos años en mi alma!

—¡Cuánta esperanza en la mía!

—En una tarde como esta,  
destemplada y amarilla,  
se llevó Dios á la vieja...

—Calle, abuelo, y no se aflija;  
¿no ve que cantan los cucos  
que presagian á la dicha?

—¡Pero, cantan tantas veces,  
que muy larga nos la fian!...

—La vida vuela, y la hora  
llegará que hoy nos avisan.

—¿Y de qué sirve una hora  
feliz, en toda la vida?...

—Abuelo, deje que llegue,  
que yo evitaré su huida.

¿Por qué dejar que se aleje  
galán que acude á la cita?

—Mira qué presto los leños  
se van haciendo ceniza!

—¿Y las llamas que encendieron?  
¿y el retozar de las chispas?...

—¡Cómo se acerca la noche!

—¡Después de ella vendrá el día!

—¡Quién sabe si escucharemos  
el toque de alba en la ermita!...

—¿Por qué esperar á mañana  
si tenemos á la risa?

...Mire, abuelo, los rebaños;  
¿no oye el son de las esquilas?

—¡Los rebaños!... ¿y la oveja  
pinta, que me conocía?...

—Murió, pero mire, aquellas  
tan blancas, fueron sus crías.

—¡Se murió la abuela ciega!  
¡se perdió la oveja pinta!...

¡Ay! nieta, anoche ladraron  
los perros en la crujía...

—Calle, abuelo, sus conjuros  
que la diligencia avisa  
y puede venir en ella  
el Amor hacia la villa...

...Diligencia que te paras  
de tu camino en la orilla:

¿Traes á Galán, el viajero?

¿Viene contigo la Dicha?

¡Para un punto, diligencia!

¡Para un punto en esta villa!

—¡Ay! diligencia, que avanzas  
por tu ruta muy aprisa...

—Abuelo, deje que ladren  
los perros en la crujía:

¡abra pronto la ventana,

que la diligencia avisa!

ANTONIO GULLÓN.

Madrid.

## TRIUNFO DE AMOR

Su vida había transcurrido inconsciente y tornadiza. Fué una peregrinación por extraños senderos, en los que el pensamiento caminó como por la selva de Dante entre vagas cavilaciones; tropezando aquí con un desengaño, sintiendo más allá el escozor de un remordimiento.

Sin embargo, hubo un día en que la voz pura y delicada de Bendición le atrajo á la vida y le llenó de un gozo intensísimo. Fué aquel en que sentados bajo la glorieta del carmen, mientras contemplaban el paisaje de las torres de la Alhambra, que se idealizaban con las luces de la mañana, percibió muy cerca de su corazón la divina voz de ella, que le decía amorosa:

—No sea tonto, Antonio; mire hacia el cielo que sonríe á la tierra floreciente; mire cómo el rosal que en el invierno era una zarza desnuda, arañando los bordes de un camino helado, se cubre ahora de ropaje verde y de flores encantadoras; vea cómo los árboles que parecían esqueletos clavados en la tierra, se transforman en amplios doseles, donde van los pájaros á esconder sus nidos; no se canse de la vida, y á la manera de los pájaros, busque un sitio floreciente donde esconder la felicidad y cuelgue su nido.

Es V. joven y bueno; ¿por qué se ha de obstinar en ver triste y desconsoladora la vida, dejando que su savia, como la de las plantas que se secan, solo produzca amargas resinas?

Tal fué de elocuente y ardorosa la voz de Bendición, que desde aquel día Antonio sintióse con el alma rejuvenecida, oreada por una ráfaga de ilusiones que barría las penas y acrecentaba la llama de un nuevo amor; porque las palabras de Bendición, eran esperanzas de amor depositadas en el cáliz de sus amarguras.

Todo, hasta la naturaleza, vistiendo sus joyas, contribuía al regocijo de aquel desposorio espiritual que, cauteloso, se llevaba á cabo entre dos almas gemelas ansiosas de amor. A este amor inmaterial, hacia este ideal sublime, por el que tantos espíritus delicados han sucumbido, impulsábales la naturaleza; porque el amor, es la esencia, lo más íntimo de los seres: lo mismo brota en las rocas abruptas y estériles, como en los campos abiertos á la luz fecundadora del sol; pero para que se nos muestre con todo su poderío, necesita á veces también

ambiente y clima, hermosas diafanidades en el cielo, pureza en el aire; desinterés en el espíritu y en el corazón juventud.

Lo saben los artistas y los poetas; todos los que en la naturaleza buscan interpretaciones maravillosas y saben descubrir en las líneas, en los colores y en los sonidos, fulguraciones de ese espíritu inquieto que vive alumbrado por la magnificencia del cielo. Acaso por esto, hayan hecho de la primavera la época feliz de los amores, porque en la primavera las brisas suaves son una melodía al cruzar por entre las verduras de los bosques, recogiendo á su paso los rumores del agua y el aliento de las flores, y esa misma brisa, al tocar nuestra frente surcada de arrugas, convierte los tediosos pensamientos y las tristezas de excepticismo, en ideas brilladoras y alegrías infantiles.

Bien hayan los días llenos de luz y de perfumes. El cielo azul, límpido y refulgente como una patena, obliga á elevar hasta él los ojos. La naturaleza le sonríe, nos precipita hacia el amor con una caricia voluptuosa, y nos ofrece su seno espléndido, para que en él repose por unos momentos el pensamiento de los hombres, cargado de afanes inextinguibles y de preocupaciones.

En el mes de las flores, sobre todo, los días son benéficos. Se siente fermentar en las venas el mosto de la juventud; todo es amor en la tierra, las ilusiones brotan de la fantasía como burbujas brillantes que el sol hiere, y hasta los colores y los perfumes son bajeles mensajeros de la dicha, hermanos de esas ilusiones y esperanzas con los cuales se funden en abrazos invisibles...

---

En estos días, y cuando el sol veraniego imitaba sobre la tierra deslumbrantes incendios, se dirigía Antonio al carmen, cruzando las calles del Albaycín, ese típico barrio granadino cantado por los poetas como recuerdo de una pintoresca y floreciente época oriental.

Deslumbraban al medio día las casitas blancas al beso del sol. Por encima de las carcomidas tápias, asomaban las parras retorcidas como serpientes, los granados en flor y las desparramadas higueras. Había placetitas humildes y estrechas callejas laberínticas, con arroyuelos cristalinos, arcos antiquísimos, en cuyos fróntis la imagen de alguna virgen se desvanecía bajo un enrejado metálico, ocultos rinconcillos con amplias rejas coronadas, repletas de flores, y dignas por su belleza de mostrar la soberana hermosura de alguna moza albaycinesca de ojos negros y abismales; .. rincones, en fin, ignorados del mundo y hechos sin duda para esconder la felicidad de los humildes.

Cuando Antonio llegaba al carmen, era la hora de antemano convenida; empujaba la cancela, é internábase por el sendero de arena que dividía el jardín hasta llegar á la casa.

Estaba formado este jardín por cuadros de arrayanes, donde las flores, plantas y árboles, sembrados á granel, crecían á su capricho; veíanse rosas de un rojo vivo y aterciopelado, geránios y alhelíes, guirnaldas de campanillas y dondiegos que se inclinaban al suelo, amarillos haces de jaramagos...

La senda principal que daba acceso á la casa, sombreábanla arbolillos en flor y cipreses que, al unirse en la altura, simulaban arcos de triunfo dignos por su belleza de que bajo ellos pasasen héroes ó poetas. Una escalerilla medio derruida, ascendía á un murallón árabe, por cuyas saeteras,—vestigio de la barbarie francesa, que un día intentó asolar la Alhambra,—penetraban al asalto las ramas de los almeces arraigados entre las piedras grises y los ladrillos rotos.

Desde el paramento de la muralla, en cuyo pretil extendía una parra la bondadosa frescura de su sombra, divisábase el paisaje: la Alhambra y el Generalife, envueltos entre las verduras de sus bosques y jardines, la ciudad que declina hacia la vega exuberante, y la cuesta de San Antonio, donde hay pintorescas alfarerías y ventorros, que por su sombra y por su mosto son el alivio de los caminantes.

Sobre aquellas murallas, á la media sombra, es fama que todos los visitantes se sienten adormecer y pierden la conciencia del presente. Deslumbran por su intenso color el verde de los pámpanos y el azul del cielo, se olvidan los pesares mundanos y se siente la sugestión del pasado morisco, la sublime embriaguez de la pereza musulmana; es un deleite penetrante, el dulce desmayo de todas las fuerzas, algo como una borrachera de sol y de poesía, evocadora de vagos sueños que traen á nuestra imaginación fantásticas visiones orientales.

Bajo aquel encanto, el ser humano puede comprender, porque son tan apasionados y tristes los versos de las kásidas, porque con tan pausada melancolía bulle el agua en los surtidores de las fuentes, y porque estos ricos y fecundos pueblos andaluces viven como adormecidos eternamente bajo los mirtos, al arrullo del agua, soñando siempre con paraísos lejanos, inasequibles, sin una ambición que les impulse al trabajo...

---

Sentado á la sombra de la glorieta, cuya frescura no lograba entibiar el sol del medio día, hablaban Antonio y Bendición.

Un rayo de luz, al filtrarse por entre las yedras y los cipreses, circundaba la cabeza de ella, donde los rizos negros, libres de las peinetas refulgentes, acrecentaban la singular hermosura de su rostro. Vestía una amplia bata á manera de túnica blanca, que dejaba al descubierto el nacimiento del cuello y la tornátil delicadeza de sus brazos.

Bajo los plieges de la túnica, los pies diminutos, admirablemente calzados, movíanse inquietos, en tanto que el cuerpo de ella, de líneas impecables, todo armonía, agitábase constantemente al conjuro de la risa, ó se adormecía como en lánguidos desmayos, contemplando el paisaje y oyendo la voz de Antonio...

Hablaron de arte, de sus manifestaciones y de su importancia en la vida del hombre; por la mente de ambos, pasaron sucesivamente el Greco y Velázquez, Goya, Zurbarán... toda una visión de inmortales maestros que viven espiritualmente á través de los grandes artistas contemporáneos, que se asoman á las obras de los maestros modernos, y sobre ellos gravitan con el peso de su arte sano, varonil, lleno de grandezas...

Del arte derivaron en el amor. Fué un momento sublime.

¿Habeis oído en una gran orquesta la magnificencia de los *allegros*? Así la voz de Antonio comenzó su discurso, que fué canción de amor; saltan sus palabras, llenas de pasión, avasalladoras, pintando en la imaginación de ella torres luminosas, arcos de luz, variados paisajes, roñas del corazón, lealtades y alegrías de los hombres que aman.

Habló con vacilante voz, de las almas que persiguen en vano por la vida la imágen de una mujer que siempre se desvanece al llegar á ella; pintó la tristeza del amor no correspondido, y exaltóse al hablar de las mujeres buenas, hermosas y humildes, que hacen sacrificio de su felicidad por un hombre sin conciencia, sin educación acaso, que las tortura y no sabe comprender su belleza...

—El amor, Bendición, es un arroyo de agua que cruza la tierra bajo los arcos triunfales de flores. Si el terreno es abrupto, si, como en la vida, hay obstáculos que dificulten su paso, las aguas tranquilas se desbordan y forman violentos torrentes, cascadas rumorosas que perforan las rocas más duras; en cambio, si el terreno es llano, corren por su cauce tranquilas, y las balsas se ensanchan, se paralizan, reflejan en sus ondas la alegría del cielo y tiemblan como llenas de emoción...

Fuera de la glorieta, las palomas se perseguían con un susurro de encelo. De las plantas se alzaba un perfume enervante, olor de magnolios y rosales, de albahacas... cantaban los pájaros ocultos bajo la copa de los granados y, allá lejos, el sol arrancaba destellos carmesíes á las cumbres de Sierra Nevada.

Antonio y Bendición mirábanse fijamente. En el interior de ambos se levantaba tumultuosa la pasión tanto tiempo callada. Era un resurgimiento de toda la sangre que aceleraba se curso y les impulsaba el uno hacia el otro.

Bendición tenía miedo; cuando todas sus esperanzas iban camino de realizarse, cuando por un momento iba á recobrar la libertad de su albedrío y solo

bastaba cerrar los ojos á las leyes del honor, la imágen de su esposo se levantaba frente á ella, seria y amenazadora, llena de grosería y creía oír su voz de aquella noche:

—Si en las lindes del camino de la vida encontramos placeres y alegrías, ¿por qué no tomarlos? Ellos harán olvidar las fatigas y nos procurarán felicidades.

Y en efecto, ¿por qué no tomarlos? pensaba Bendición.

El aliento cálido y suave de Antonio la envolvía, provocando un abatimiento en su espíritu. En el jardín deslumbraba la luz del sol, los perfumes la ahogaban, sofocando su encendido rostro.. Sintió una opresión muy grande en el corazón, las manos de Antonio uniéronse á las suyas y todo su cuerpo pareció sumergirse en un dulce desmayo...

Ya entre los ojos, llevaba y traía el amor sus tiernos mensajes; tendió ladinno y truhán sus lazos entre los dos corazones y los fué uniendo insensiblemente, hasta que los labios se juntaron y fué á estallar un beso...

...Antonio y Bendición separáronse bruscamente, y miraron por entre las yedras de la glorieta.

Allá fuera, entre los plantíos, apareció la figura bronceada de Juanillo el zagalón, que cantaba insensible á los besos del sol:

...Cuando debajo del puente  
te acuerdas que me decías:  
Ahora no, que pasa gente.

ANTONIO FERNÁNDEZ FENOY.





# ¡MAS NO PREGUNTARME QUIÉN!

(GACELA)



¡Ay, del amor, ya he probado  
todo el veneno y la hiel!  
En mi camarín de plata  
sobre la mano la sien,  
llorando estoy como un niño  
que solo y triste se vé.  
Mi corazón han herido...  
¡mas no preguntarme quién!  
Por una puerta de cedro  
á su alcoba penetré;  
¡al traspasar los umbrales  
cómo temblaron mis pies!  
El corazón parecía  
que iba mi pecho á romper...  
Sonriente me esperaba...  
¡mas no preguntarme quién!  
Sus brazos tendió á mi cuello  
y en mis brazos la estreché,  
y en la copa de sus labios  
apagué mi ardiente sed;  
hasta que ébrio de besos,  
de mí mismo me olvidé.  
Ella temblaba de dicha...  
¡mas no preguntarme quién!  
Su mano rasgó mi túnica  
cual si rasgase mi ser.

Ví la gloria en sus pupilas  
y los párpados cerré;  
sentí fuego en vez de sangre  
y sin habla me quedé...  
Se ha dormido entre mis brazos...  
¡mas no preguntarme quién!  
Entre las perlas del alba  
á mi casa regresé;  
los ojos llenos de ojeras,  
pálida y mústia la tez,  
igual que un ébrio apoyando  
las manos en la pared;  
porque apenas si podía  
de débil tenerme en pié.  
También me espera esta noche,  
¡mas no preguntarme quién!

FRANCISCO VILLAESPESA.





# CRÍTICA LITERARIA

## DIATRIBA CONTRA LA BOHEMIA

Cuando escribí mi artículo crítico en *La Noche* acerca del último libro de Emilio Carrere—*El encanto de la bohemia*—supuse desde luego que suscitaría protestas más ó menos amistosas, pero apasionadas. Primeramente fué el propio autor del libro, que rehusó el elogio con una sinceridad que le honra y se revolvió contra la presunta insidia que, según él, latía en mi artículo.

Siempre tuve á Emilio Carrere por poeta de reducido léxico; ahora le tengo por escritor de entendimiento limitado. O yo no sé leer, ó Carrere ponía en ridículo á Don Uriarte de Trijana, decía yo en mi artículo; ahora añadido: O yo no sé leer, ó Carrere no es capaz de entender lo que yo escribo. Esto es lo más probable.

Pero lo que me admira es que escritores que tienen derecho á ser desapasionados porque en mi artículo nos los zahiero, por la sencilla razón de que no los conozco, se indignen de mis afirmaciones y protesten contra mis asertos. Carrere está disculpado por el falso espejismo de la pasión; no tiene motivos para recriminarme, pero él cree que los tiene y basta eso para que excusemos sus arrebatos.

Abomino la bohemia, porque la bohemia es un atentado contra el arte. Si por bohemia entendemos facultad de soñar, liberación de la vida real, anhelo de emociones inéditas y fuertes, espíritu de gentil *nonchalance*, me asocio á la bohemia desde ahora. Si bohemia es sinónimo de romanticismo, romántico soy como el que más. Mas si por bohemia se entiende desorganización de la vida, proclamación de autonomismo ético que conduce á exageraciones deplorables, rechazo con toda mi alma la bohemia .. y sigo siendo artista, pese á Emilio Carrere.

Jóvenes cuerdos y sensatos nos llama Carrere á los que como él no sentimos ni vivimos. Pues bien; tales palabras, que en su boca quisieran ser insulto, me suenan á loa. ¡Jóvenes cuerdos! Sea; aunque no disfrutamos, como el poeta de *El Caballero de la muerte*, de ningún empleo pingüe en el Tribunal de

Cuentas, la antítesis mayor de toda idea de bohemia ¡Miren que pretender pasar por el mayor bohemio del reino y ser, desde la más tierna infancia, probo y honorable funcionario del Tribunal de Cuentas! Eso debiera quedarse para los jóvenes cuerdos y sensatos, como nosotros somos, no para los sempiternos adoradores de *Madame la Lune*, de la cual acaso seamos nosotros más fervientes idólatras sin gritarlo por las calles y plazuelas.

¡La bohemia! ¡La divina locura del arte! ¡El encanto de soñar frente á la burguesía estúpida y banal!... Yo no combato eso; ¿y cómo habría de combatirlo, si me juzgo tan artista como cualquiera y creo que el mundo está dividido en dos castas, la de los artistas y la de los que no lo son?

Lo que combato es la bohemia como puerto de refugio de los ineptos y de los desocupados, de los *golfos del arte*, como ellos á sí mismo se apellidaron, con absurda *sans fason*, en cierto periodiquito que se publicó años há; lo que combato es la bohemia como lazareto de apestados de la sociedad, de ácratas, de expósitos, de prófugos, de gentes *out-of-law*, por cualquier concepto; como iglesia de asilo de los criminales... literarios que se han expatriado voluntariamente y se han puesto fuera del alcance de la ley común. Un mandatario como yo, que entiende la profesión literaria como se entiende la de letrado en China, que cree que los artistas debiéramos formar una aristocracia, superior á todas las normas burguesas, no puede aceptar los procedimientos de la bohemia artística.

Romero Robledo, que tenía más talento que muchos jóvenes bohemios y que, apesar de su *flamenguismo* y de su incultura, supo proteger á un tan gran poeta y tan gran burgués como Campoamor, encontróse una vez en un grave aprieto.

Cierto amigo suyo, que había sido óptimo muñidor electoral allá en su distrito, cometió la insensatez de abandonar la noble profesión de alfayante ó cortador de paños, que había ejercido largo tiempo, con lucro y galardón, para dedicarse de lleno á las lides políticas. No contento con la aureola de cacique local, que logró en poco tiempo, aspiró á más altas glorias y soñó ¿con qué direis? Con ser cónsul. El buen Romero Robledo le disuadió de sus insensatos propósitos. Mas como la ambición es fuerte acicate, el buen sastre seguía tenaz en su empeño de llegar por la puerta falsa á entrar en la carrera consular. Claro es que el sastre no tenía estudios de gran calibre ni había cultivado más disciplina que el mirabólico arte de la aguja.

Mas Romero Robledo, ingenioso y hábil como de costumbre, ordenó á su secretario consultar el Alcubilla y ver un resquicio por donde el sastre se cola-

se; ¡empresa más difícil, en verdad, que enhebrar una viga por el ojo de una aguja!... (Metáfora bien adecuada á un sastre.)

Consultaron artículo por artículo los extremos del reglamento de consulados y, al llegar á cierto artículo encabezado de esta suerte: *Del uniforme de los cónsules*, Romero Robledo dió un fuerte alarido y dijo: ¡Tate! ¡Ahí está el sastre!...

Por el uniforme de los literatos, por el uniforme desarrapado y sucio, quieren penetrar muchos escritorzuelos que forman la llamada pléyade de bohemios. Contra esos indocumentados protesto yo, nunca contra los verdaderos artistas.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid.





## DULCE SUEÑO



Viva luz que inspirara mis madrigales  
en aquellas eternas horas fatales  
cuando, rendido,  
en las bellas regiones de lo increado  
yo buscaba consuelos á mi acendrado  
dolor de olvido.

Dulce sueño de todas las bienandanzas,  
imagen en que puse las esperanzas  
del alma mía,  
cuando ya derrotado por mi locura  
solamente soñaba con la ventura  
de tu alegría.

Reina de mis amores que ya has venido  
á aliviar mi profundo dolor de olvido  
con tus beldades,  
y animando de nuevo mis emociones,  
has trocado mis sueños, mis ilusiones  
en realidades.

Vienes cuando la vida toda me abruma,  
y del escepticismo la densa bruma  
me sale al paso,  
cuando ya no me alientan locos empeños,  
cuando ya el vespertino sol de mis sueños  
llega á su ocaso.

Vienes cuando el tremendo, rudo combate  
que he librado con esta vida me abate  
con sus rigores,  
y la luz de la dicha ya no me halaga  
porque esta indefinible tristeza apaga  
sus esplendores.

Vienes cuando me azotan los vendavales,  
cuando todos los daños, todos los males  
me han fustigado,  
cuando de los dolores ya soy cautivo,  
cuando presa de todas las penas vivo  
desalentado.

Vienes cuando me agobía la pesadumbre,  
cuando lleno de dudas, de incertidumbre,  
yo no sabía  
dónde hallar de la dulce paz el venero  
ni tampoco á la vuelta de qué sendero  
te encontraría.

Vienes cuando la vida ya sin encanto  
me ofrece su cicuta con el quebranto  
del pesimismo,  
cuando mi desventura me enloquecía,  
cuando ya mi existencia casi pendía  
sobre el abismo.

Y vienes á ofrendarme con la ventura  
el preciado tesoro de la hermosura  
que yo soñaba,  
vienes con los misterios de tus bellezas  
cual en las vaguedades de mis tristezas  
te imaginaba.

Tú tan bella, tan pura como el armiño,  
tú que ya la ternura de mi cariño  
sólo deseas,  
tú la vírgen perversa que mi alma adora,  
tú la humilde, la santa, la redentora,  
bendita seas.

La que mis tentaciones de amor provoca,  
la que viene á ofrendarme su fresca boca  
de finos trazos,  
tú la ingénua divina siempre soñada,  
tú la rubia perfecta, siempre adorada,  
ven á mis brazos.

Ven á mis brazos, diosa de las mujeres,  
libaremos el néctar de los placeres  
á tu albedrío,  
y gozando la buena dicha inefable  
sucumbiremos antes de que implacable  
llegue el hastío.

M. ALTOLAGUIRRE PALMA.

CUENTOS

DE

«NÓMADA»

# Diego de Pasamonte

(DE LA PICARDÍA Y DEL DOLOR)

## I

Si á esta primera parte de mi historia le cupiera la honra de tener un lector, quiero advertirle, antes de que se interne en el relato, que en él no encontrará lance ninguno que le maraville ni le asombre, ni le ceda ocasión de admirar mis hechos y mi estilo. Yo no soy un ser extraordinario de esos que sus innúmeras virtudes ó sus copiosos vicios llévanles á ilustrar sus vidas con aventuras y proezas que por su índole especial, muy bien merecen ser escritas y alabadas después. Ni mis pecados, con ser muchos, diéronme fama suficiente para que yo pudiera interesar al mundo, ni mis virtudes fueron tan preclaras y excelsas que me moviesen á mostrar mi humildísima persona como vivo y edificante ejemplo. No, mi vida es la de un pobre hombre, nada más; un pobre hombre pecador como todos; como todos, desventurado; un hermano tuyo, lector, que anduvo por la tierra persiguiendo á la dicha y que muchas veces creyó alcanzarla, asegurarla, hacerse dueño de ella; pero la dicha no le quiso y siempre huyó de él... Un santo día, muy feliz, este triste hermano tuyo conoció á la Hermana Dicha; pudo estar á su lado y oír su voz amorosamente fraternal y así mismo hablarla y pedirla consuelo y hasta una limosna de amor; mas la Hermana Dicha... pero ya sabrás á su tiempo lo que por desearrío de mi mísera voluntad iba á revelarte. Por ahora, hecha ya mi advertencia y declarándote que escribo estos anales de mi vida tan sólo por buscarme un honesto recreo, dígotte que me llaman Diego de Pasamonte. Y al mentar mi apellido, que con su *de* por delante suena muy noble y señorial, como de alta prosapia, no creas que me envanezco. Supongo á mi linaje de muy plebeya y humilde condición, tanto, que si al igual de esas casas linajudas que dan luz y prestigio á tantas baldías personas hubiésemos en casa cultivado nuestro árbol genealógico, tal vez en una de sus hojuelas figurara el nombre del grande pícaro y bellaco Ginesillo de Pasamonte. Y no digo ésto por decir, pues si bien no soy hombre tan desalmado que pague con pedradas y otras mayores felonías las mercedes y beneficios que los buenos caballeros puedan

hacerme, tampoco, para desdicha mía, fuí muy agradecido con los que me hicieron algún bien; á más que habiendo tenido en mi florida mocedad mucha afición y apego á la vida truhanesca, en ésto ya me asemejo al insigne truhán que reputo por mi abuelo, como en lo de escribir con mis pulgares la historia de mi vida.

En todas estas coincidencias, que acaso para tí no valgan gran cosa, veo yo, ó me hace ver la fantasía que me consume, las pruebas ciertas de que aquel Pasamonte, ruín forzado que encumbrara la pluma de oro de Cervantes, me legó, á través de las edades, su ruindad y soberbia de alma, su sangre de villano y su disposición, que él proclamó de buen ingenio, para urdir el relato de mi historia. Y qué buena gracia tendría que esto de mi ascendencia fuese veraz, pues quiero hacerte saber, lector mío, que mi padre fué capitán de la Guardia civil, muy enemigo por profesión y carácter de toda gente del hampa, pues con él no parecía rezar eso de la alcurnia villanesca; y río á veces imaginándomelo que va á dar caza, como sostén y paladín de la austera moral, al foragido de su abuelo, «ladrón de más de la marca» y despiadado burlador de hidalgos; y que tras brava persecución, coje y encierra, cargándolo de esposas, argollas y candados, al que le dió el sonoro y muy limpio apellido, del cual mi padre hacía gala. ¡Cuántos honrados varones de hoy, de esos que hacen pintar y esculpir los escudos y armas de su abolengo, tendrían en la vergüenza de la cárcel, si ello fuera posible, al fundador de su familia!

Y voy á lo que importa. Pues como empecé á decir, era mi padre capitán de la Benemérita, y ya entrado en los cincuenta y tantos, vino de servicio á esta ciudad, donde nos trajo á mi madre y á mí. Como único hijo, estuve harto mimado de mis padres, los que se miraban en mí y reputábanme como el más guapo mozo de todo el mundo. En esto, aunque el declararlo sea inmodestia, no llevaban poca razón. Tendría yo entonces unos quince años y cursaba el penúltimo del Bachillerato en un colegio privado de la ciudad. Los mimos y agasajos con que me regalaban en casa, la indulgencia que para mis travesuras tenían mis padres y el propio convencimiento de mi ascendiente sobre ellos y de mi gracia corporal, dábanme pié para engreirme y hacer y deshacer cuanto quisiera. Y si en contadas ocasiones bien mi padre ó mi madre, fingiéndose ceñudos y severos, arremetían contra mis antojos y pecados, sabía encantusarles con tal donaire, que siempre, siempre, salíme con la mía, dejándolos á ellos muy contentos y preciados de mí.

Yo hacía los estudios no con mucho provecho, aunque tampoco era de los más remolones y baldíos de clase. Mi viveza de ingenio y gran memoria, sal-

vábanme en los trances peligrosos, cuales eran los días de preguntas y de exámenes. Lo cierto es que, sin echar la vista sobre los libros en todo el año, llegaba el fin de curso y con él varios notables y aprobados que me valían por lo menos otros tantos duros, mi buena cadena de reloj ó cosa parecida y una abundante lluvia de caricias, piropos y besos paternos, con otras efusivas ternezas que hacían crecer mi vanidad.

En el verano que siguió á nuestra llegada á esta ciudad, dióme por leer toda novela ó libro literario que cayera en mis manos. Las invenciones y fábulas de las obras caballerescas y de viajes, alborotaron y acrecieron mi fantasía, ya de suyo bastante inquieta, como ocurrióle á aquel valiente hidalgo de la Mancha, cuya locura tanta gracia me hizo. Sentí no estar en tiempos que, como los antiguos, diéranme ocasión de andar á tizonazos por las calles, como el más bravo caballero, y tornar locas de amor á las damas del rey. Y sobre todo, creíme esforzado, intrépido y valeroso como nadie, y el más guapo y bien hecho de toda la ciudad. Estos devaneos de mi trastornada cabeza, hiciéronme arrebatado y bravucón, y tan soberbio de apostura y palabra, que pronto me hice el amo de todas las pobres voluntades que se allegaban á la mía. Yo no fuí de esos callados y melancólicos que esconden en lo más retirado de su alma los afanes y ensueños que les consumen. Mi genio, que no podía estar en prisiones, salíase desahogado por los ojos y por la boca.

Y siendo así yo, comencé, con no muy buenas ganas, el año postrero del Bachiller. En aquella sazón, mi padre, que era muy robusto y fornido de cuerpo, solía quejarse de unos dolorcicos que se le agarraban al lado. Un día cayó en cama y á los tres, sin que nosotros, ni aún el mismo médico, hubiéramos previsto lo grave y mortal de la dolencia, se nos fué de este mundo. ¡Con qué vivo dolor nos hirió Dios los corazones! Mi santa madre sufrió un gravísimo trastorno de la mente y toda mi alta vanidad vino á tierra bajo la pesadumbre de la enorme desdicha. Muchos días lloré á solas la muerte de mi padre y lloré también por la sombría vida que á mi madre y á mí nos aguardaba.

Cuando nos repusimos un tanto del dolor, pensamos en nosotros. Solos estábamos en el mundo, sin la mano amorosa que por él nos guiara. Viéndome tan cerca de la miseria, consternado y sin ánimo, mi orgullo de antes y la resolución y valentía de mi genio, abatiéronseme vergonzosamente. Yo entonces empezaba á vivir, pero algo sabía de la vida, y mi sapiencia se acrecentó con la desgracia. Barrunté la huida de los amigos, la triste soledad, el desamparo de mi madre, vieja y enferma. ¡Y esto cuando yo me creía el más poderoso en todo! ¡Pobre de mí!

Bien sabe Dios derrumbar la humana soberbia. Preciámonos de riqueza, de poderío ó de voluntad; hacemos gala de ello con insolencia y altivez, como diciendo: «¡Somos los dueños del mundo!» y Dios, desde lo alto, nos envía el dolor, la desventura ó la ruina, que en un punto truecan nuestras vidas, haciéndonos de dadivosos, pedigüños; de amos, sirvientes; de esforzados de voluntad, flacos y débiles de espíritu.

## II

Pues á lo que hizo un novenario de la muerte de mi padre, habiendo necesidad de guardarnos nosotros y de atender á nuestra ayuda, malvendimos los muebles y enseres de más valía y unas pocas alhajas que de su dote, á mi madre le quedaban. Con lo que nos quisieron dar los baratistas y prenderas, que es, como se sabe, gente muy logrera y tacaña, reunimos unos trescientos reales para nuestro remedio, con los que en una casa de barrio alquilamos un piso interior. A los primeros días de nuestro estado en la nueva casa, allegáronse á nosotros buenas almas amigas que nos dieron consolación y ánimo. Todos decían á mi madre: «Hija, son cosas del Señor y hay que saber sufrirlas. Pobre eres, pero con mucha honra, que es lo que vale más. Ya cambiarán los tiempos...» Y otras parecidas frases de socorro. Mas el tiempo pasaba y las visitas amenguaron. A los pocos meses quedamos solos y olvidados, con mucha honra, sí; ¡y con mucha tristeza!

En tan gran desvalimiento y soledad, no había más que encomendarse á nuestros propios ánimos, pues de fuera no podíamos esperar consuelo. Así que una mañana, mi madre díjome lo siguiente, con apenada voz: «Mira, Diego, hijo mío, tu padre que santa gloria haya, quería hacer de tí un hombre de provecho. Como á rico te criamos, pues nada te faltó; todos tus gustos se cumplieron; el mío hubiera sido verte hecho el rey del mundo, pero Dios ha dispuesto...» Aquí mi madre no pudo hablar; abatiósele la frente y su angustia se deshizo en un callado lloro. Esperé transido de amargura... «Pero Dios ha dispuesto así las cosas y hemos de conformarnos. Con solo mi viudedad no podremos vivir. Tú ya eres un hombre y como á tal debes portarte. Tengo de hablar hoy mismo para que en un comercio te den colocación. Tú no pases pena; en siendo un sitio honrado... ni te apures por nada, que ya saldremos de este paso...»

La pobre quería darme ánimo y fortaleza, cuando hasta para hablar á ella le faltaban. Yo prometíla entre lloros ser sumiso á cuanto Dios en sus designios se dignara enviarnos. Y, en mis adentros, juré con el más grande fervor,

obedecer en todo á la santa de mi madre, no afligirla con cuidados ni disgustos, y darla paz en su vejez.

En el comercio de que hablara mi madre no pude rendir mis servicios, pues me querían, lo menos por un año, de mozo meritorio, hasta que me aventase á las prácticas del vender. Como subía nuestra necesidad, porque de aquellos tristes reales que la aliviaron en los primeros meses de la desgracia ya no quedaban sino unos pocos, de los cuales nos servíamos con mucho ahorro y miramiento, fuénos preciso buscar por otra parte. Todas las puertas se nos cerraron; mas como se dice, para engañar y entretener á las almas desesperadas, que en cerrándose cien puertas una se abre, para no otros abrióse una y entró la suerte. Y fué que habiendo trabado conversación con mi madre un nuestro vecino que era regente de una imprenta, condolióse el buen hombre de las desdichas y trabajos que pasábamos y prometiónos hacer cuanto pudiese para darme empleo provechoso. Buena palabra tuvo el hombre, pues á los dos días ya estaba yo en la imprenta aprendiendo la caja y llevando encargos y recados á los clientes, por lo cual, mas otros menesteres propios de mi humilde acomodo, dábanme ocho reales por semana. Muy escasa soldada era, pero con la ayuda de Dios, y siendo yo apañado y cuidadoso en mi ejercicio, pronto veríala aumentar. Así que hice más de lo que mis fuerzas y poco hábito en tales trabajos me consentían, y en muy escaso tiempo supe ganarme la voluntad de mi amo. ¡Con qué tremenda resignación consideré que era amo mío aquel que me mandaba á su placer y antojo, sin reparar en mí! Y no valía que mi orgullo empeñárase en trocarle el nombre por otro que no me lastimara y vejase. Amo era, y aún de amos alardeaban mis compañeros, que desde la cumbre á donde habíales aupado su superioridad y la mucha práctica del oficio, dábanme órdenes y hasta alguna que otra palabra de reprienda. Mas yo no les odié. El fracaso íntimo de mi vida infundióme un manso callado sufrimiento. Así como á la mayor parte de los hombres que se malogran náceles un iracundo humor y se convierten en violentos y huraños, yo recibí las penas con dócil mansedumbre. De esta conformidad empecé á andar por el desolado camino de la pobreza.

Pues como dije antes, yo hice más de lo que podía por comportarme bien en el oficio que Dios me había deparado. A lo primero sentíme irresoluto y vergonzoso, y con sólo verme revestido de la larga blusa, que parecíame el sudario de mi ilusión, me entraban ganas de llorar.

Mas no tardé mucho en desligarme de repulgos y hacerme á la nueva vida, que hasta la reputé de alegre cuando al pasar el tiempo, con más pericia en

el oficio y muy alejado de vanas preocupaciones, obtuve el aprecio y confianza de mis camaradas.

Todas las mañanitas, á las más tempranas horas, cuando aún dormía la ciudad anegada de la pálida luz del alba, alzábame presto y yo mismo arreglábase el desayuno. Luego me iba al trabajo y acometíalo con muy buen ánimo, mientras que unos y otros hacíamos comento donosamente de sucesos pasados ó bien nos poníamos á cantar canciones picarescas. Así llegaba el tiempo del almuerzo, que era para mí motivo de bulla y diversión y aún causa que estimulaba mi endiablada vanidad, no muerta por lo que yo creía, puesto que de nuevo empezaba á despuntarme. Ya ves, amigo lector, que el infortunio sólo había dormido mi despreciable índole... Bueno, pues siguiendo el relato, sabrás que por entonces, ya olvidada mi vida de antaño y muy contento con la reciente, quiso Dios hacerme un gentil mozo. Yo he de decir la verdad. El trozo de espejuelo que en mi casa guardaba para mi adorno y pulimento, decíame que eran mis ojos anchos y oscuros y de un melancólico mirar, como si mis penas pasadas hubieranse trocado todas en luz de ellos; y que mi cuello era robusto y blanco, trenzado de las venas bravías, y mis labios, húmedos y muy rojos. Así es que, teniendo yo entonces muy donosa habla, sumada á la natural gallardía de mi cuerpo, todo el mujerío tenía lo de mi parte. Y era de ver cómo á la hora de las nueve, cuando tornaban las sirvientas del mercado, parábanse á la puerta, donde las esperaba yo, y con cuatro chicoleos y gracias mías, diestramente hacía que los más ricos manjares, de las cestas, pasaran á mis manos, con lo que acababa de aderezarme un cumplido almuerzo y hasta sobrábame para los demás compañeros. Los cuales creo que no hacían buenos ojos á estos afortunados lances de mi guapeza.

Con estos y otros livianos devaneos, pronto se me acalló el recuerdo de mis males pasados y hasta tuve presentimiento de que en la vida había de triunfar.

Al cabo de no sé cuántos meses, un domingo, mi madre declaróme el gran apuro en que se veía. Y ahora recuerdo que no he dicho cómo en casa teníamos un huésped, que por encomienda de unas buenas vecinas y por nuestra necesidad, vínose á vivir con nosotros. Era el tal huésped un viudo ya viejo y sin hijos, empleado en Hacienda, que de tierras del Norte trasladáronle á esta plaza. El buen viejo, que debía de estar agobiado por la amargura de su abandono, no hablaba casi, y nunca le ví reír. Pues fué el apuro, que al señor huésped trasladáronle de nuevo á una ciudad andaluza y, al faltarnos su socorro, llegó el trance de no poder pagar los alquileres que debíamos. Mi madre,

que ya estaba harto consumida por la pena y la privación, díjome que yo, como hombre, hablara con el ama de la casa. Prometí á mi madre confiadamente que en un punto lo arreglaría todo y bajé al principal, donde la señora propietaria vivía.

Era ella una fabricanta que de tapujo dedicábase al provechoso arte de la usura; ya entrada en años y de muy grosero continente. Toda su poderosa persona olía á perfume que era un martirio acercarse á ella. Cuando su tufo dióme en las narices, concebí, de súbito, un endemoniado pensamiento y, á seguida, comencé á practicarle.

De la casa hablamos, del tiempo, y luego de la vida, y, después, de la soledad de los hombres que no tienen amor y lo anhelan. Al cabo del coloquio, en que mostréme como un señor maestro y de lo más ladino y avisado en estos lances peligrosos, díjome ella que tornara á los dos días para ver si, sacando cuentas, podía rebajarme el alquiler. A los dichos días hízome la rebaja; á la semana, ya no lo pagaba. ¡Y yo decíale á la santa de mi madre que del dinero de un trabajo especial salía todo! Pues, encima, el trabajo especial dióme para refocilarme en holgorios y zambras, á las que aficionéme más de lo debido.

Viviendo así, distrájose mi alma de tal manera, que no veía á su lado el padecer mudo y sempiterno de mi madre. La cual, como las estrellas al llegar la mañana, iba lentamente desmayándose.

Un día, día de la Asunción, ¡siempre presente lo tendré!, estando yo de charla con el ama, bajó una vecina, y en su mirar de pasmo ví el augurio de la desgracia;—«suba, suba usted que á su madre dióle una congoja.» Subí y echéme á los santos pies de mi madre. No tuvo tiempo ella más que para darme, en silencio, una mirada larga, quieta, tristísima. Y expiró.

### III

Dicen que las muchas desdichas y lacerías ennoblecen el alma de quien las ha pasado. Mas la mía era de tan ruín naturaleza, que el sufrir envilecióla más, y á cada rigor con que Dios me castigaba, en vez de flagelarme el soberbios pecho, henchido de pasión, revelábame y alzábame iracundo contra la divina justicia. Fuí vano y miserable; llevé el luto de la orfandad indignamente; y en aquel triste tiempo de mi desventura, apartándome de la meditación y de la paz, todo arrebatado, gocé de la impureza del vicio y de la carne.

....Al quedar solo en el mundo, busqué refugio en los altos de una posada que alzábase al otro lado de la ciudad, en un barrio de gentes menesterosas. Yo no podía vivir donde había muerto mi madre. El desamparo y silencio

del hogar, que olía á muerte, me colmaban de angustia. Al pasar por el corredor, al abrir una estancia, al mirar al fondo de su alcoba, creía ver, veía, la vagorosa sombra de la muerta. Y ¡cuántas veces desperté con sobresalto y pasma, al oír su voz, que en apagado y misterioso son me llamaba!

Cuando hizo un mes, decidí trasladarme; y por más que la señora ama de la vivienda declaróme sus ansias contrarias á mi resolución, yo, mostrándola mi mucha gratitud y aun mi propósito de no dejar, en modo alguno, lo placentero de su trato, abandoné la casa triste de mi desdicha.

Ya en la nueva morada, su algarabía y bulla, paliaron mi dolor. Daba mi cuarto al espacioso patio del hostel, también paraje de recreo de las más desastadas personas, dignas todas ellas del trato y protección del señor Monipodio. Allí hice yo muy provechosas amistades, que si no dieron honra á mi nombre, diéronme títulos que probaban mi precoz maestría en toda suerte de aventuras de amor y diversión.

Apenas llegaba la luz de la mañana, el estruendo y vocerío del patio espantábanme el sueño. Y yo tenía por grata costumbre asomarme al mísero ventanuco de mi habitación, que era angosta y muy soleada, y ver desde allí arriba el tragar y afaenarse de los arrieros y mozos del parador; las frecuentes contiendas de comadres, el aparejar las mulas y acomodar los carros y diligencias en los porches y cobertizos; y de esto, extasiarme viendo cómo el sol hacía de oro ya un eje, ya las aguas de un abrevadero, ó la cabeza de un rapaz; y cómo las palomas, blancas, gentiles, escarbaban la inmundicia y broza de los suelos.

Acaeció que una tarde, á la hora de la siesta, estando yo, con otros comadres míos, jugando á las cartas en la umbría de un cobertizo, hizo su entrada en el parador una esbelta y vistosísima moza. La hicimos calle todos los que allí estábamos y ella pasó desenfadada y arrogante, como hembra hecha á la admiración de los hombres. Un arriero acercóse á nosotros y díjonos, mirando con malicia, que era una «bailaora» de las de fama y que no sabía de varón que custodiase tan valiosa prenda. En el poco tiempo que su paso dejóme para mirarla, ví que era su rostro juvenil, pero ajado y de pálida color; que el diestro disimulado de la pintura había ensombrecido y ensanchado sus ojos, vivos y muy negros. Yo, de chanza con los otros amigos, apostemé que en hablando con ella dos palabras, haríame dueño de su hermosura. Esto lo dije y me propuse hacer. Pues á los pocos días, con tal maña me comporté, que salimos del patio del hostel, en diligencia, entre el coro de jaiques, comadres y arrieros, yo henchido de ufanía, ella toda endulzada de amor.

De buena mañanita arribamos á un pueblo grande que á las lindes del camino reposaba. Cercábalo un campo muy verde y anchuroso, y al entrar había una puente vieja, de piedra, por la que corría un mezquino río de aguas inmundas. En la plaza mayor, donde paramos, la torre de la iglesia, amarilla, cuadrada, maciza, levantábase al cielo revestida de sol. En dicho pueblo díme vida de rey. Del trabajo, no se hable. Yo lo había olvidado, como olvidóseme decir que en cuanto comenzó mi soledad, le hice tantos ascos, que un buen día cerráronme las puertas de la imprenta. Claro es que tal motivo dióme muchos para renegar de los patronos, de las largas jornadas de faena, de la «inícuca explotación» y del Gobierno; abrí tribuna socialista en el patio de la posada y era de ver cómo el coro de galloferos y truhanes aplaudía y loaba mis razones.

Pues hasta al Casino del pueblo, en los ratos que mi mala fortuna apartábame de la auca y del monte, llevé mis arrebatos oratorios. Mas allí la muy socarrona de la gente, acogíalos con sonrisicas de malicia.

A mi señora cómo llevarónla á un barracón hecho de madera y cañizo, para que en él mostrara la jacarandosa gracia de sus bailes. Yo era empresario y amo del negocio, cuando lo había, y arreglémelas de tan linda manera, que en ese pueblo y los otros de nuestras correrías donosas, nunca faltóme buen tabaco, mejor vino y moneda de sobra con queirme de juego y merendonas. Así que pasó el tiempo y llegó el de hartarme de mi, aunque buena, errabunda vida; y hasta de la moza pintada que en ella acompañábame.

Y como era yo de natural antojadizo, decidí descansar y esperar, á solas, la mutación de mi destino.

Y así lo hice, cuando al llegar de nuevo al pueblo de la puente vieja, pensó la moza tornarse á la ciudad. Yo la dije que fuera ella delante, pues barruntaba una buena contrata para un cercano sitio y tenía que negociar la. No cayó la pobre en la añagaza, y quedéme yo allí, dueño de nuestra enflaquecida fortuna, la que en un santiamén corrióse de mi bolsa á la de un famoso fullerero y casique de aquel lugar de mis pecados. Y una tarde, débil de cuerpo y faltriguera, huí del pueblo á pié, por el camino real.

Pues sucedió que á los no muchos pasos, cuando más apretaba el sol, ví á lo lejos una figura parda, encaperuzada de una roja sombrilla, que parecía arder. Díme más prisa hasta acercarme á lo que era un fraile pedigüeño y, dándole las buenas tardes, comencéle á hablar de la bondad de los viñedos que á ambos lados del camino mostraban su verdor, de la cosecha y de las lluvias; y él tapábase del sol muy complaciente.

Iba el buen fraile á un cercano pueblo de muy piadosos y ricos labradores, cuna de un santo barón que era su capellán. Yo le dije que si él me daba amparo, placeríame avivar con mi palabra la devoción y fe de tan honradas gentes, pues así lo había hecho en muchos pueblos como mi cofradía lo ordenaba. Y él asintió, alabando con dulces conceptos de predicador, tan meritoria y edificante idea. Al poco tiempo de plática llegamos al lugar que el fraile me indicara, que era un villaje ruín, pero muy adornado de manzanos y otros árboles frutales que despedían un delicioso olor. Todo fué entrar por la calle principal, como acercarse al fraile un gran número de vecinos que muy humildemente besábanle las manos. Y á la puerta de la iglesia salió á recibirnos el santo cura, hombre recio y panzudo y de color arrebatado.

Aquel día comimos en casa del señor capellán á la fresca del emparrado.

Servíanos una moza cuyas apretadas carnes trascendían á frescura y sanidad de fruta y yo, con el trastorno de mucho comer y beber más, no pude refrenar la prudencia ni la mirada, que se me iba en busca de sus ojos; y á cada plato, decíala una flor, cuidando de que los castos varones no me oyeran. Mediada la comida, como el cura anfitrión hablase de la Virgen del pueblo, prometí unos gozos para que se cantaran en la fiesta y cuando terminóse el cantar hablé tanto y tan bien, que el cura, el fraile y yo, éramos los más buenos del mundo.

Pues el fraile fuese á la noche y yo... más ¿para que ir dilatando? yo me quedé en el pueblo una muy plácida semana en achaque de preparar los gozos y el sermón, y en un día que fué domingo, antes de amanecer, hurtéle al cura el sosiego y la moza. Y ella, ayudada de unos ahorrillos que tenía, vínase conmigo de muy buen grado á la ciudad.

En mi antiguo cuarto del mesón, hicimos vida de matrimonio por largo tiempo, pero la moza resultóme zompa y aburrida hasta aburrirme á mí, por lo que en cuanto pude, que fué en las agonías de nuestro misérreo caudal, encajonéla en la primera diligencia que salía, y á estas horas debe de estar llorando sus pecados en el retiro de aquel pueblo.

Yo quedéme solo otra vez en la posada, sin un mal real y la cabeza henchida de pensamientos. Híceme tatur de oficio y balandrón; paséme el tiempo en amoríos y pendencias, y una noche, al punto de amanecer, despertáronme de un ensueño febril, unas ansias angustiosas que no me dejaban respirar. Salté del lecho como pude, vacilante, aterrado, y dióme un vómito de sangre.

Temblando de fiebre y de miedo, ví por la ventanuca cómo el alba avanzaba, cómo el cielo llenábase de sol.

## IV

—Dé gracias al Señor por el beneficio que le hace. Nunca alabará bien, hombre mundano, su celestial munificencia. Rece .. rece...

Yo tenía caída la mirada y á la dulcísima voz levantéla gozosa. ¡Oh, voz suave, de vírgen ó querube que como el fresco viento de la tarde al besar las frentes cansadas y ardorosas, me llenabas el alma de delicia y consuelo!

—Hermana; no, hermanita, dígame: ¿cuánto tiempo he pasado en esta santa casa?

—Ayer, día de la Ascensión, cumpliéronse tres meses. Y ¿sabe que no he de consentir que me llame hermanita? Pone usted en la palabra mucho ardor terrenal. ¡No, si en cuanto pueda usted escaparse de lo santo y bueno!...

Y sor María del Amparo, sentóse sonriente, cerca de mí, junto á la ancha ventana.

¡Tres meses, tres meses ya, Dios mío! Pues ¡cómo era, Señor, que habiendo padecido tanto pareciérame el tiempo tan menguado!

Y á escondidas miré los azules ojos de la Hermana, ojos como de niño, anchos, sombreados y llenos de pureza .. Suspiré tristemente. . Era preciso resignarme á perder su bienhechora luz.

Recuerdo bien que fué aquella tarde la de la antevíspera de mi partida. El señor médico habíame dado de alta y, aunque yo tenía el cuerpo flojo y desmayado, la regla del hospital prohibíame dilatar mi estada. Yo iba á salir de allí, de aquella casa de la miseria y del dolor adonde mi sino me condujo, como sombra de lo que había sido, con mis pálidas y flacas carnes maceradas por la dolencia, pero con el alma en salud y reposo. Reposo del yermo tristísimo que dilatábase hasta el confín, frente á las ventanas de mi sala; reposo de las noches melancólicas y estrelladas que aliviaron mi angustia y del mirar dolorido de la Hermanita de los pobres ..

...El hospital, que fuera antaño palacio de un prelado, asentábase, viejo y solitario, en las afueras de la ciudad. En el pórtico, á ambos lados, dos grandes santos de piedra, custodios de la tristeza de dentro, levantaban al cielo sus muertos ojos. Y á espaldas del asilo, la vasta llanura seca, desolada, ofrecía su paz á las almas de los enfermos. Hasta mi alma llegó también el piadoso regalo de la tierra, cuando en horas de soledad, liberaba mi pensamiento del recuerdo de mis pecados y esparcía la mirada por el desamparado camino que, á lo lejos, internábase en el mundo.

Paréceme ver ahora ese camino soleroso y triste, como de cementerio ó de

calvario en cuya margen cercana al hospital, tres viejos olivos movían, melancólicos, sus cenicientas frondas. ¡Y cuántas veces pensé transido de agonia, que mis entrañas estuvieron resacas y abrasadas como las de ellos; que el polvo del camino caía sobre sus mustias hojas, como sobre mi alma cayó toda la podredumbre del mundo; que ellos morían de sed ahondando en la tierra sus anhelosas raíces y que yo, sediento, y agarrado á la tierra también, estuve en trance de morir, falto del riego de la gracia divina y de las dulces aguas del amor! ¡Pobres olivos, que llegaba la estación del fruto y no lo daban; que llegaba el santo día de la Ascensión y no se cruzaban sus hojas!...

Ella, la hermana, díjomelo con voz de desencanto: ¿sabe usted, Diego, que ayer acerquéme á los olivos y no tenían las hojas cruzadas? Teníanlas como siempre. Así como hay almas maldecidas, debe de haber árboles condenados que no gozarán nunca del favor del cielo... ¿No lo cree usted, hombre sin fé?

Sor María del Amparo tenía las manos pálidas, desmayadas, sobre la falda azul de su hábito y en ellas, un libro de devoción. Y en aquel santo libro que ella, al dejarla yo, concedíomelo como reliquia ahuyentadora de pecado, iba leyendo: «Este es el perverso y desconocido que más se movió por los envanecimientos al demonio, que por los beneficios de Dios... Este es el que, cuanto en sí fué, deshizo y escarneció el poder, la sabiduría y la bondad de Dios... Más quiso abrazar un poco de cieno hediondo que el sumo bien... Este es el que puso sus ojos en la podre y corrupción de las criaturas, y volvió las espaldas al Criador... Más terrenal fué que la tierra... Más mudable que el viento, más encendido en sus apetitos que el fuego. Siendo un muladar sucio y hediondo, ¿qué razón tenía para estimarse en algo?...»

—Hermana... Hermanita... yo deshice y escarnecí el poder y la bondad de Dios; yo he sido perverso y vano y terrenal. Yo me aparté de los santos amores de Dios y de mi madre... Pero yo buscaba la pureza y excelsitud del amor humano y el amor no quiso amparar mi vida solitaria.

¡Tenga lástima de mí!.

—Le tengo lástima, hermano, que Dios bien le castigó.

—Sí; bien me castigó, recuerdo que la dije: he perdido una madre... y una esposa.

La mirada de sor Amparo, herida en su castidad, huyó de la mía, y posóse sobre el desconsuelo de la llanura. Junto á la ventana, la alba toca monjil apareció de un pájaro blanco, celestial, enviado de Dios, que reposara de su vuelo...

—Habla usted un lenguaje de perdición y de pecado.

—No; hablo un lenguaje de santidad, que también, hermana, existe en la tierra. Hablo mirando á la vida mortal, que es santa y augusta cuando se vive dignamente, como mira usted, santa mujer, á la eterna vida. Oigame, Hermana: al acercarse nuestras almas en el dolor de este asilo, yo ansié descargar á la mía de la pesadumbre del pecado; quise mostrársela para que de ella se apiadase y vió usted todas sus lacras y apostemas, como yo ví en la suya el cándido resplandor de la gracia del cielo... Y yo le digo que de nosotros dos ninguno supo servir á la vida: yo, por muy pecador; usted, Hermana, por muy santa...

Ella abatió la vista y balbució en son de dulce regaño:

—¡Loco... loco!

...Aquella noche fué muy clara y serena. Yo oí sonar todas sus horas en lo hondo del silencio, como agoreras voces de muerte y de dolor, y sentí sobre mis carnes abrasadas el cándido beso de la luna...

...¡Oh criatura excelsa! ¿por qué te separaste de mi vida? ¿qué designio fatal unió en la hora del dolor á nuestras almas y apartólas después?

¡Y yo, que me hubiera purificado con una sola caricia de ella, de la Amada, de la esposa santa! Pero ¿cómo mi alma corrompida y abyecta podría gozar de la suya castísima, toda blanca y virginal?

Y llegó la postrera tarde. A la caída del sol, preparéme á partir. Sonó la campana del hospital tañida por presuntuosa mano, y yo recuerdo bien, que ella, la Hermana de los pobres, díjome con voz de melancolía sus últimas palabras:

—Oiga usted ese toque, Diego: ¿no le suena como glorioso campaneó de resurrección?

Yo humillé la mirada y la dí mi adiós llorando de tristeza.

En la puerta del asilo hube de detener mi paso. No podía respirar de angustia; consideré la flaqueza y miseria de mi carne y el desaliento de mi ánimo. Tornaba al mundo, que parecióme cárcel oscura de perdición y de martirio. Y por el camino en soledad que ante mí se alargaba, á la pálida claror de la tarde, creí ver, como en triste procesión de condenados, todas las pobres pecadoras que acompañáronme en la vida, á los hampones del tesón, á mis amigos en el vicio y el mal; y todos cubríanse con hopas de pecado y de ignominia.

Cerraba ya la noche cuando tornó la luz á mi doliente corazón. Volví entonces mis ojos á las ventanas del asilo; hice la señal de la cruz, y eché adelante.

EDUARDO IRLES.



# ESTROFAS



## ASPIRACIÓN

Dormir, y que el Ensueño me roce con sus alas,  
no sentir las amargas tristezas de la Vida,  
y perfumar mi alma con flores y con galas  
de nueva Primavera de versos florecida.

Conocer los horribles peligros del camino  
y saber las malditas inquietudes del Mal.  
Y, en la visión serena de mi arte de adivino,  
copiar la vida como la luz en un cristal.

No padecer orgullo, ni pena, ni desvelo.  
Tenderme sobre flores, de cara siempre al cielo;  
y no dar nada á nadie, ni nunca esperar nada.

Y con el alma pura y el pensamiento fuerte,  
mirar cómo se acerca la hora de mi muerte  
y ver indiferente el fin de mi jornada...

• • •

## LUJURIA, DIOSA CUREL

Tiene tu extraño cuerpo un maleficio oculto  
que atrae como un misterio, ¡oh incansable Lujuria!  
y hay en tus rojos labios como un temblor de furia  
que absorbe con sus besos, é hizo del beso un culto.

Las perversas caricias con que la vida alegras  
son lúbricas cadencias que muestran tus hechizos;  
sobre la ardiente seda de tu garganta, en rizos  
se retuerce tu pelo, que son aureas culebras.

Tus ojos, de misterio y de luces inquietas,  
inspiraron los cantos de pálidos poetas  
decadentes y enfermos, dignos de compasión...

Y abrazado á tu cuerpo de cruel erotismo  
un día bebí en tus labios las heces del abismo  
de amarguras, que encierra tu negro corazón...

LUIS G. HUERTOS.

# EL HUMORISMO

(PRÓLOGO DE UN LIBRO)

«Las críticas impremeditadas y benévolas han sumido en la nada á legión de escritores», dice el D. Blas de *La Inmortalidad* de este libro; y, francamente, no quiero anonadar á Bargiela, ni como á escritor ni como á hombre. ¿Para qué?

Bien está que nos burlemos de muchas cosas, pero no de todas, y hay algunas que ni en broma debe tomárseles en broma. Burlarse del análisis y del silogismo, v. gr., como Bargiela hace, es pasarse de burlador. Por mi parte declaro que le debo mucho al silogismo, sobre todo al inconsciente ó subconsciente, que con ambos epítetos se le conoce.

Ni aun en chanzas cabe decir ciertas cosas, como esa de que «la filosofía es el sentido común en estado gaseoso». Pero ¿no comprende el Sr. Bargiela que hablar del sentido común en estado gaseoso es como hablar del hielo en estado de vapor? Cuando oiga lo que D. Fulgencio Entrambosmares dice á propósito del sentido común en mi *Amor y Pedagogía*, verá cómo lo de sentido común en estado gaseoso es una *contradictio in adiecto*, que decimos los logicistas. No, no puede sostenerse semejante cosa, como no puede sostenerse que las carambolas sean el azar—¿y la mecánica?—y menos que la bailarina sea el movimiento. Porque hay dos movimientos, como el Sr. Bargiela no ignorará: el externo y el interno, y hay que ver cuál de los dos representa la bailarina. Además, el calor y el movimiento son convertibles.

Hay, sobre todo, en este libro, una afirmación que me concierne personalmente, y de la cual me veo obligado á protestar. Es aquella en que el autor nos dice que «los *zortzicos*, con sus contratiempos y vertiginosos trezados de piernas (denotan) la locura de que están tocados los vascos». No me cabe la menor duda de que cuando escribió Bargiela, que es gallego, esa deplorable frase, se acordaba de que yo soy vasco; es, más estoy casi seguro que nos tenía presentes á Baroja, á Bueno, á Maeztu y á mí. Y por mi parte protesto de eso de estar tocado de locura, como niego redondamente que en el ceremonioso y grave *zortzico* á la antigua usanza haya «vertiginosos trezados de piernas». Trezados de piernas, sí, pero no vertiginosos, Sr. Bargiela, no vertiginosos, ¡Nada de vértigo!

Mas ¿cómo no ha de incurrir en tan garrafales equivocaciones un hombre á quien el epiquerema no le consuela? Cosa triste es que en *La hermosura del silogismo* pretenda el Sr. Bargiela poner en solfa una de las más puras fuentes de consuelo humano.

Por no saber si un razonamiento era en *faperro* (a-e-o) ó en *frisesomorum* (i-e-o) se han perdido no pocas cabezas y con ellas los hombres que las llevaban sobre sus hombros ó que bajo ellas caminaban.

¡Ah, Sr. Bargiela, Sr. Bargiela!, ¡qué cómodo es burlarse de aquello que se nos resiste! Porque no me cabe duda de que la filosofía se le resiste al Sr. Bargiela, si es que el Sr. Bargiela no se resiste á la filosofía ó se resisten uno á otro.

«La importancia y utilidad de la filosofía es una verdad práctica y de sentido común», escribía el difunto excelentísimo Sr. D. Fr. Ceferino González en el párrafo cuarto del capítulo preliminar de su *Filosofía elemental* (pág. 10 del primer tomo de la segunda edición; Madrid 1876). Y no ha mucho que pude comprobarlo, pues deseoso de saber qué sea eso que llamamos espacio ó extensión, acudí al mismo Fr. Ceferino González y me encontré con que, después de la exactísima y notable observación de que «la experiencia nos enseña que nos vemos envueltos en dificultades y obscuridad cuando intentamos explicar y definir la extensión», nos dice en el párrafo primero, del artículo 1.º, del capítulo III, del libro V: «Metafísica especial: Cosmología, «que la extensión» es la propiedad de los cuerpos por medio de la cual éstos tienen unas partes fuera de otras.» De donde aprendí que los cuerpos tienen unas partes fuera de otras *por medio* de la propiedad llamada extensión, ó sea que dicha propiedades la mediadora para que tengan los cuerpos unas partes fuera de otras. Y ¿se atreverá el Sr. Bargiela á llamarle á esto sentido común en estado gaseoso? No; es sentido común en estado ultrasólido, inelástico, incompresible; en estado de perfecta y absoluta continuidad material.

\*  
\* \*  
\*

Presumo que se me dirá que es el señor Bargiela un escritor humorístico; mas bueno fuera que nos pusiéramos antes de acuerdo respecto á lo que el humorismo sea, pues no es cosa de que le diputemos á uno humorista así, sin ton ni son y á humo de pajas.

Yo, que conozco y trato personalmente á Bargiela, y que suelo gozar á las veces de su conversación, tengo fortísimas presunciones para reputarle humorista; pero no me gusta precipitarme.

Precisamente no ha mucho que he leído dos tomos de la colección de estu-

dios sobre los clásicos de la filosofía que en Stuttgart edita Frommans (*Frommans Klassiker der Philosophie*): el volumen primero, que es un estudio de Kud Lasswitz sobre Gustavo Teodoro Fechner, y el volumen tercero, que es un estudio de Harald Hoffding sobre S. Kierkegaard, y en ambos estudios he tropezado con el humorismo. Sólo así, con erudición, puede tratarse de éste; hablar del humorismo humorísticamente, es encerrarse en un círculo vicioso ó petición de principio.

Por lo que al gran filósofo, psicofísico y fantaseador Fechner hace, conocidos son sus escritos humorísticos la *Prueba de que la luna consta de yodo* (1821), el *Panegírico de la medicina é historia natural actuales* (1822), *Stapelia mixta* (1824), *Anatomía comparada de los ángeles* (1825), y otros que publicó con el seudónimo de Dr. Mises. En ellos dijo en chanza cosas que pensaba muy en veras, y que cierto resto de pudor y la agudeza de su sentido crítico le impedían soltarlas como principios serios. Pero fué poco á poco despojándose de falsos respetos humanos, sacudiéndose del enervador «qué dirán», adquiriendo fe y acabó por sostener en serio mucho de lo que en broma lanzó al mundo como por vía de ensayo.

«En Fechner —dice Laswitz—, fué el *humor* el que formó su imagen estética del mundo (*sein aesthetisches Weltbild*) mientras jugaba con el enigma del universo. Pero esta desinteresada contemplación estética fué espesándose en una teoría que se anudó á la fe de Fechner; el *humor* pasó á fe, y de ambas cosas hay huellas en su imagen del mundo» (pág. 200).

Lo cual me recuerda la curiosa doctrina del genialísimo y potente pensador danés Soren Kierkegaard, apellido que equivale á jardín de la iglesia ó cementerio, porque en Dinamarca los jardines de las iglesias deben de ser los cementerios, disposición altamente sugestiva. Uno de los libros de Kierkegaard se titula *Stadier paa Livets Vej-udsolgt*, agotado, según nota que de Copenhague me ha enviado el librero Vilhelm Tryde; es decir: *Estadios en el camino de la vida*, los cuales estadios son tres: la concepción estética de la vida, la ética y la religiosa. Kierkegaard nos explica cómo se pasa de cada uno de esos estadios al otro, mediante un salto, y á la vez establece como términos medios entre la concepción estética y la ética, la ironía, y entre la concepción ética y la religiosa, el humorismo. Esto de que el humorismo sea un tránsito entre lo ético y lo religioso es, sin duda, una de las ocurrencias más humorística que pueden darse, y tanto más humorística, cuanto que el melancólico Kierkegaard la sostuvo y desarrolló enteramente en serio. Y vale más que no entremos aquí en desarrollar esta doctrina de Kierkegaard, en parte porque

no he acabado de entenderla, y en parte porque así se le abrirá al lector el apetito de conocer al pensador danés, que merece ser conocido. Lo merecería aunque no hubiera escrito, entre otras cosas hermosísimas y muy hondas, esta hermosura: «Si de dos hombres reza el uno al verdadero Dios con insinceridad personal, y otro con la pasión toda de la infinitud reza á un ídolo, es el primero el que en realidad ora á un ídolo, mientras que el segundo ora en verdad á Dios.» Después de meditar en esta profunda sentencia, nada resulta más humorístico que las disquisiciones teológicas respecto á la acción sacramental *ex opere operato*.

\*  
\* \*

Y bien: ¿qué es el humorismo?

Antes de contestar á esta pregunta, ocurre una cuestión previa, y es la de poner en claro si cabe ó no averiguar lo que el humorismo sea. De la solución que á esto se dé, depende el planteamiento de aquella pregunta.

Por mi parte no me atrevo á dar una definición objetiva del humorismo, limitándome, con toda la debida prudencia, á indicar lo que experimento subjetivamente cuando digo de algo que es humorístico.

Lo que más me carga es la verosimilitud ¿Que por qué me carga tanto? Tal vez por ser mi espíritu poco verosímil.

No comprendo que se burle uno de las debilidades de los hombres y les ponga en ridículo para corregir sus costumbres (*ridendo corrigitur mores*); el fin moralizador de la sátira me la hace poco simpática. Burlarse de la sencillez de un niño, es envenenarle el alma. Mejor comprendo que se burle uno del universo y de las incoercibles leyes naturales, á ver si las avergonzamos y se corrigen; mejor comprendo que nos pongamos á bromear con el Ser Supremo para darle á entender que estamos en su secreto.

Cuando un niño tropieza y cae, le da una patada al suelo, y tiene razón; el suelo tiene la culpa de la caída, pues si no hubiera suelo, no caerían en él los niños. Como es el alcohol el que tiene la culpa del alcoholismo.

Y bien: ¿qué es el humorismo?

No me atrevo á definirlo, pero sí adelantaré, con todas las debidas precauciones, una idea, y es que á mí humilde y falible parecer, y salvo ulterior rectificación, el humorismo parece ser, según todas las probabilidades, una especie de vacuna contra la locura, un caldo de cultivo de ésta. Y he aquí tal vez por qué prospera tan poco en España, pues en esta nuestra feliz patria, estamos poco expuestos á la locura por falta de materia enloquecible. En cambio, tenemos la vacuna contra la tontería en forma de literatura festiva y de género chico.

Corremos poco riesgo de reblandecimiento mental; lo ordinario es que padezcamos de esclerosis de la mente, de osificación. No haya cuidado de que nos dé por las paradojas y remotas asociaciones de idea; tenemos una más que regular dosis de sentido común que nos lo impide. ¡Pues no hay pocos hombres respetables y sensatos por estas tierras!

El prototipo de la sana cordura nacional, quiero decir tontería, es aquel «grave religioso» que reprende á Don Quijote llamándole «alma de cántaro» (capítulo XXXI de la segunda parte) y á quien el Ingenioso Hidalgo pone los puntos sobre las íes con la más noble locura que se ha visto.

Hay quien dice, sin embargo, que hay locos tontos, y este es uno de los puntos que más conviene poner en claro.

\*  
\* \*

Nuestra gran obra humorística nacional, casi la única, es el *Quijote*.

Traigo esta afirmación para protestar de las injuriosas calumnias que en este libro dirige Don Juan Tenorio á Don Quijote de la Mancha. No se puede oír con paciencia tales imputaciones. No, Don Quijote no fué un gorrista ni anduvo por campos y caminos para vivir á costa del prójimo; y en todo caso, los demás se rieron á costa de él, y váyase lo uno por lo otro. El sacerdote vive del altar y Don Quijote vivió de sus caballerías. Además, sabía hacer jaulas como San Pablo cestos.

Es lamentable cierta debilidad que parece observarse en Bargiela á favor del fanfarrón de Don Juan Tenorio. Este caballero pasa del estadio de la concepción estética, en que vivió, al de la concepción ética, en que murió, mientras que Don Quijote se elevó más alto aún. En fin, que no puedo con Don Juan Tenorio.

\*  
\* \*

Ahora era cosa de que hablase de nuevo de Bargiela, deteniéndome á examinar y analizar cada una de las composiciones que integran este volumen; pero estoy seguro de que esto me llevaría á nuevas digresiones, resultando el cuento de nunca acabar. Además, yo sé que lo importante es que en la cubierta de este libro aparezca mi nombre junto al suyo, y sé también que una vez comprado por el lector el tomo, al ver nuestros dos nombres unidos, lo ha de leer, y ¿á qué conduce que le hable de lo que ha de leer? Prefiero hablarle de lo que no leerá jamás.

Y ahora, para no alargar este prólogo indefinidamente, lo corto aquí por la sano, mas no sin desear á Bargiela que se reimprima su libro, para que pueda gozar «del don inapreciable de la inmortalidad».

MIGUEL DE UNAMUNO.



## A una beata muy linda, que vá para santa

(ANATEMA)



Beata que á toda hora  
el que vos quisiere hallar  
puede encontraros, señora,  
de hinojos ante un altar.

Pésame el que cada día  
vengais á ser más cristiana  
y dejeis la soberana  
fiesta de galantería,  
al pie de vuestra ventana  
por fiestas de clerecía.

Me pluguiera  
de hallaros menos creyente;  
que el niño Amor vos tuviera  
prisionera  
eternamente,  
y el niño Dios vos dejara,  
y el Diablo vos recogiera,  
la Santa vos encausara,  
la plebe vos despreciara  
y el vicio vos acogiera.  
Y por sufrir el dolor  
que acontece padecer  
toda liviana mujer,  
que vos acecha el Amor  
inválida de placer,  
y anhelante de querer,  
retornárais al Señor.

DIEGO DE SAN JOSÉ.

Madrid.

TARDE GRIS

Durante todo el día la ráfaga del pesimismo ha sido terriblemente desoladora. Ha llovido mucho; el agua caía pesada y monótonamente, el cielo estaba gris y, como domingo, á mediodía en el café había un barullo ensordecedor. Nada dicen los amigos de la mesa, á lo más cuatro vulgaridades insulsas mientras yo, distraído, hojeo el *Blanco y Negro*, veo sus *monos* y leo un cuento de doña Emilia y unos versos de Emilio Carrere.

Es media tarde, sigue lloviendo y los comerciantes, con sus trajes nuevos, resguardados bajo los paraguas, se lucen por las calles céntricas.

Como no hay sol, ni vino, ni mujeres que paseen, la tarde es de tedio y desesperación. ¿Dónde ir? Al Casino, al eterno Casino, á oír la charla de los intelectuales y á curiosear en la Biblioteca, en la que el encargado, un buen hombre, culto, atiborrado de lecturas de todas clases, nos da una conferencia sobre la protección á la infancia, un tema simpático un poco romántico, y que á este bibliotecario, buen amigo nuestro, le entusiasma mucho.

—¿Me permite usted?—le digo yo.—Quisiera leer *Jardines lejanos*, de Juan Ramón Jiménez. La tarde es propicia para ello.

Y el bibliotecario, amable, me entrega el tomo, y junto á un burgués grueso, que en plena digestión está leyendo á Zola, abro el libro exquisito y refinado, de un sentimentalismo fino y aristocrático. Porque las rimas de Juan Ramón son para leídas en estas tardes amargas, grises, en que el cielo está triste y nuestro espíritu azotado por el pesimismo desolador. Días antes, luminosos y radiantes, hemos tenido un poco de aliento y de ilusión. Fué una noche en que una mujer «blanca y muy bella» como la del poeta, nos miró un poco interesada y apasionada. Fué una noche en que en el claror de unos ojos azules, creímos ver algo de nuestro fuego y de nuestra pasión. Pero un momento no más, y la risa de ella que brotó, espontánea, entre arreboles de rubor, nos hizo ver que en aquella mujer sólo

había frivolidad y coquetería. Esa coquetería sin arte de la muchacha provinciana que, tal vez demasiado ingénua, cree que la atracción del hombre, su rendimiento, solo está en fingirle indiferencia y menosprecio. Y con el primero que se les presenta, fingen darle pesar y amargura al hombre sincerísimo que en sus ojos puso su alma entera y sana. Y se siente el desencanto, la desilusión ante la muchacha gentil, hueca, puramente banal, sin alma... Y ante el libro sentimental y amargo del poeta hiperestésico y refinado, surge un algo tibio y consolador, y como el espíritu está triste, se llora dulcemente, apasionadamente, en la tarde lluviosa y gris del domingo provinciano.

Como una sonata de Beethoven, caen en nuestro espíritu, melancólicos, estos versos exquisitos y delicados:

«Quién no pone entre las flores  
dulces y blancas de luna,  
el nido de unos amores  
sin calor y sin fortuna.


Sendero tibio y florido  
de mi jardín encantado,  
sabes ¿á dónde se ha ido  
la mujer que me ha matado?

Sendero, ¿á dónde se iría?  
Mira, era blanca y muy bella;  
cuando miraba tenía  
la tristeza de una estrella  
.....y se llamaba María».

A. JIMÉNEZ LORA.

Del libro *Del ambiente provinciano*, que se publicará en este mes en Madrid, con un prólogo de Julio Pellicer.





# La Marquesa Rosalinda

FRAGMENTO DEL PRÓLOGO

Para espiar detrás del seto  
la luna sus cuernos me brinda,  
y he de contaros el secreto  
de la Marquesa Rosalinda.

Ya espera el carro de la farsa  
ante la verja del jardín,  
porque yo formo en la comparsa  
de Colombina y Arlequín.

Soy el poeta que el tablado  
puebla de amores y de mofas;  
por serviros tejo el tramado  
de la comedia, en mis estrofas.

Coronen las rosas las liras,  
amantes, reyes y poetas,  
tejamos las bellas mentiras  
con el ritmo de las piruetas!

Las rosas nos vengan de Galia,  
las nieblas del lado del Rhín,  
la luz de los mitos de Italia,  
y de Sevilla, un bailarín.

Como en la gaita del Galaico  
Pastor, de la orilla del Miño,  
salte la gracia del trocaico  
verso ligero como un niño.

Mezcle su risa Colombina  
á los sollozos de Pierrot  
en una farsa peregrina,  
con un compás de Adriana Angot.

Y la pavana señoril  
mezcle su ritmo, al ritmo joven  
lleno de gracia pastoril  
que tuvo el clave de Beethoven.

Cuando la tarde azul moría,  
oí un suspiro en la glorieta,  
dudé al oírlo, si sería  
de una mujer ó de un poeta.

Punteaba sus cuernos la luna

sobre la fronda del jardín,  
y al reflejarse en la laguna  
hacia un llamado á Lohengrín.

Acicalaba su plumaje  
con el pico, el cisne de Ledas;  
se habría á las auras del follaje  
con una túnica de seda.

Sobre la onda que gemía  
daba el ocaso su arrebol  
y el cisne en el pico tenía  
la sangre sangrada del sol.

Pasó la marquesa... Soñaba  
toda llorosa, blanca y bella,  
una luciérnaga llevaba  
en la falda, como una estrella.

Por el sendero la vestía  
la luna, de nieblas y armiños,  
y la luciérnaga seguía  
en su falda, haciéndome guiños.

¿Era el joyel de algún poeta?  
¿Era el cintillo de algún paje?  
¿Se lo ha prendido en la glorieta  
ó fué al cruzar algún follaje?

Enlazaré la ramas frescas  
con que se viste el vaudeville,  
y las rimas funambulescas  
á la manera de Banville.

. . . . .

Ha dado un golpe el violoncelo,  
caló el monóculo el Marqués,  
los abanicos hacen vuelo,  
se oye el ras del guarda-piés.

Para espiar detrás del seto  
la luna sus cuernos me brinda,  
y he de contaros el secreto  
de la Marquesa Rosalinda.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.



## PUEBLO ANDALUZ

La luna aureola un corpulento y blando ciprez, soñador bajo el cielo de una azulada sequedad.

Festival de estrellas. Noche inverniza sin murmúrios ni perfumes. En la lejanía ladran los perros. A intervalos suena fatigosamente el silbo de la guardia que ronda, y parece el canto de un pajarraco de las tinieblas.

El hondón que hay entre las tapias del convento y el muro posterior de la casona solariega, está mitad en sombra, mitad plateado. Toca al palacete bañarse en la lumbré; se abillantaron sus pulidas piedras; la claveteada puerta semeja losa de mármol; varios agujeros miran con una fijeza alucinante; el alar pone su franja negra con el borde rizado. La única reja trábese con otra que la luz dibuja en la pared. Escapa el fulgor de los vidrios.

Al cabo del tiempo, un jinete ha entrado en la plazuela y se aproxima al caserón. Quiebra el bruto la escarcha que se iba formando. El caballero se encarama en la silla, y echándose atrás los vuelos de una pañosa, se agarra á la alta reja, que diríase sostiene con el pecho, avisa, insinúa.... Las vidrieras se abren; con un suspiro pregunta, dulce acento femenino:

—¿Eres tú, Pepe?

—¡Pues quién había de ser!

Y se acuesta la mocita en el alfeizar como en un diván moro. La cara, en que los ojos tiemblan, confunde su respirar con el del amante, allí abrazado á los hierros, de pié sobre el caballo. La luna olvidó al ciprez, imagen ermitaña con el nimbo de la gloria, y entretiénese en acusar los reales que bordaron en el asiento baquero, los estribos ámplios y verduzcos, la cinta que aprisiona la cola, que convierte su penacho en muñón, la cabezada con espejuelos y madroños. Hiérguese la cabalgadura, queda inmóvil. En el palacete se junta la figura del cortejador; cae de la reja.

—....¡Mentirosoo!

—Pero oye, tú...

El idilio transcurre rumorosamente. Sólo alguna palabra suena con claridad. De vez en vez descaperuza el galán su petaca, y la novia halla voluptuoso que el humo la sofoque y que la contemplen á la luz del cigarro, como en la copla famosísima. El diálogo se mella con largos silencios, y suele el majo canturriar al estilo gitano y triste; enseguida renueva sus ternuras, guapezas y juramentos. Lleva escondida la charla un ansia calenturienta, hasta brutal. Las manos se enlazan con furia. Por contraste, á lo mejor entrégase la pareja á la más romántica melancolía, y entonces la mocita comienza á sollozar, toda desolada.

Cerca del amanecer, el caballero torna á la hacienda que abandonó por unas horas. Tropieza por los callizos con sonambulescos solitarios; también regresan de pelar la pava. Desde lo alto de su rocín menosprécialos el afortunado galán, y alcanza su orgullo á tanto, que sin compadecerse de su arrecido cuerpo, el cual ya recobraba una gustosa tibieza á causa de la marcha y del arroparse, desembózase, se levanta en los estribos, encuentra una pistola en la faltriquera, y la dispara al aire en señal de señorío y de reto. Y nadie responde, á no ser los gallos, que acaso adivinaron un rival...

FEDERICO GARCÍA-SANCHIZ.



 JARDIN MÍSTICO 

¿Quién anda por el camino  
esta noche, jardinero?

—No hay nadie por el camino...

—Será un pájaro agorero.

Un mochuelo, una corneja,  
dos ojos de campanario...

—Es el agua que se aleja  
por el campo solitario...

—No es el agua, jardinero,  
no es el agua...—Por mi suerte  
que es el agua, caballero.

—Será el agua de la muerte.

Jardinero, ¿no has oído  
cómo llaman al balcón?

—Caballero, es el latido  
que dá vuestro corazón.

—¡Cuándo abrirá la mañana  
sus rosadas alegrías!

Cuándo dirá la campana  
buenos días, buenos días!

...Es un arrastrar de hierros,  
es una voz hueca, es una...

—Caballero, son los perros  
que están ladrando á la luna.

JUAN R. JIMENEZ.





## LA SEÑORITA FIFÍ



La señorita Filomena Rodin, era hija de un notario que ejercía en una población coquetona, en la costa del Mediterráneo. Muy pequeña, la señorita Fifí, como familiarmente se la llamaba, perdió á la madre, y acostumbra-la á una libertad absoluta bajo la obediencia paterna, vivió feliz y risueña, acariciando unas bellas esperanzas y forjando ilusiones en la cabecita rubia y gentil, como la de una escultura griega.

Cuando murió el señor Rodin, una contrariedad hizo que la señorita Fifí no entrara en posesión de su pequeña herencia; el notario, había reconocido algunos hijos de sus pasadas aventuras, y los tribunales entendieron en el asunto.

Cansada de esperar, inútilmente, aquellos recursos que nunca llegaban, la señorita Fifí, solicitó el ingreso en un convento de Plasans, donde fué admitida en calidad de novicia. Su vida se deslizó desde entonces breve y suave como un arroyuelo jamás alterado en su curso, su alma no conoció otros quebrantos que los que le proporcionó el contacto con la vida.

Había en aquella santa casa algo de paz y de dulzura. Al abrigo de las tempestades del mundo, libre de aquellas borrascas curialescas, la señorita Fifí, soñó con una felicidad lejana, algo inexplicable y remoto, que aparecía en su imaginación como un deseo irrealizable y desconocido.

Hubiera querido abrazar íntimamente la vida del claustro, y poder ofrecerse al Señor, con aquella bondad de sus labios que no conocían el secreto de las caricias livianas, y en los que aparecía eternamente una sonrisa apacible y buena. Hubiera querido esto, pero la santa orden de aquellas religiosas, no contaba con otros medios de existencia, sino la renta que les producía los bienes de las profesas. Ya la señorita Fifí, se había ocupado activamente de conciliar aquel litigio interminable, con la esperanza de alcanzar lo suficiente para gozar la vida conventual silenciosa y sumisa, aquella quietud tan deseada y apetecida en el tiempo de su noviciado.

El convento la atraía con un encanto irresistible. Su vida era ejem-

plar. Constantemente, rezaba á una escultura admirable que se alzaba en el coro. Era un crucifijo severo y ancestral muy apreciado y muy querido por las hermanas. El rostro de Cristo, tenía una expresión de sublime tristeza, como si todos los quebrantos florecieran en una sonrisa de bondad y de dulzura. Los ojos casi entornados, eran á modo de una promesa de redención, ojos que pudiera decirse de ellos, que hacían el milagro de trocar los dolores en esperanzas y ponían la caricia de un beso, en los corazones lacerados por la angustia.

La señorita Fifi enfermó. Fué una enfermedad melancólica y triste, con una tristeza infinita. El médico del convento movió la cabeza al ser requerido por las hermanas. Aquello no tenía remedio, no podía tenerlo, y dejó caer la vida de aquella muchacha que pasaba por el mundo como el vuelo ráudo de una ilusión que se aleja...

Nada quedó de aquella alegría juvenil y briosa de la señorita Fifi; nada quedó. La fiebre, agobiadora y tenaz, trocó la sonrisa apacible en un gesto doloroso y trágico. Parecía una sombra que intentaba alzarse hacia la luz, para caer nuevamente aprisionada en las tinieblas.

Una noche, quiso rezar ante el Cristo, y las hermanas no se lo permitieron. El médico había prohibido que abandonara el lecho, pero la señorita Fifi no aceptó aquella negativa. Muy avanzada la noche, aprovechó el sueño de una enfermera y se lanzó al claustro silencioso y sombrío. Como un fantasma, llegó al coro y cayó arrodillada ante la efigie, que la contemplaba con su eterno gesto de piedad. Ante la imagen del Crucificado, la señorita Fifi balbuceó unas cortas oraciones. Sentía un frío mortal que invadía su cuerpo lentamente, muy lentamente, y continuó rezando siempre, con los ojos elevados hacia el Galileo, como si le pidiera ayuda en aquella lucha cruel con lo desconocido.

El rezo, fué cada vez más entrecortado, más suave, como el aleteo de una mariposa, siempre fijos los ojos en la imagen santificada por los humanos; un rezo apenas perceptible, apenas...—Padre nuestro—que estás en los cielos—santificado...—Y se quedó con el vuelo de oración en los labios, rígida, inerte, y la sonrisa bondadosa volvió á su rostro, y los ojos azules de la señorita Fifi se elevaron más arriba de la cabeza del Maestro, más arriba...

EDUARDO BARO.

# OSCURECER

El sol quiebra sus rayos postreros  
 en la cumbre blanca,  
 que la nieve vistió con su manto  
 de pliegues brillantes  
 con visos de plata.  
 En Oriente se extiende la bruma,  
 las nubes se alzan  
 y entre sombras envueltas se duermen  
 las crestas de acero,  
 las negras montañas.

. . . . .  
 Tengo frío; murieron tus ojos,  
 el sol de mi alma;  
 y cubierto de nieve mi pecho  
 en vano los rayos  
 de aquel sol aguarda.  
 Mi vida es Oriente, Oriente sombrío,  
 desde que me faltas;  
 desde que otro hombre compró tus caricias  
 soy negra montaña  
 y entre sombras envuelto, dormido,  
 espero una aurora...

. . . . .  
 ¡Te llamo y no vienes!  
 ¡Qué noche tan larga!

ANTONIO ARÉVALO.



 EL POEMA DE CARLOTICA 

Tarde suave. Callejuela limpia y tristonaa, olvidada en un dédalo de encrucijadas y revueltas. Casona gris, enorme, que en un rincón elévase magestuosa y señorial. Balcón antiquísimo que, al extremo de la fachada, dá á la calle la severidad de su arquitectura y el misterio de su pesadez... Al pasar por la acera de enfrente, oyendo resonar el eco de los pasos—dando una fría impresión de ciudad muerta,—nada admira tanto como aquel caserón gris, con su escudo en la fachada, con aquel umbral hondo y obscuro, con aquel balcón severo, tras de cuyo cristal muéstrase—inclinada sobre su labor—la rubia cabecita de Carlótica, la de los ojos azules y manos delgadas y pálidas.

Un día y otro día, monótonamente puntual, paso por aquel mi camino; y al levantar mi vista, y encontrar la mirada de sus ojos azules, siento la vaga y desconsoladora tristeza de las cosas muertas, de los hechos irremediables, tristes y amargos; aquellos ojos azules tan suaves, fijanse en mí un momento, como queriendo investigar el por qué de mi atrevimiento al alterar la calma y el silencio de aquellos lugares de paz. Luego, cuando me voy alejando calle arriba, Carlótica baja la cabeza rubia, y sigue su labor, prosiguiendo al par en su imaginación la tarea de hilvanar recuerdos y afianzar esperanzas

\*  
\* \*

Van pasando los días, monótonamente, pesadamente. No hay nada que altere la calma de las horas. Que el Padre Sol luzca en cielo azul, ó que la lluvia finísima tiemble en el aire y repiquetee en los cristales, no es motivo suficiente para alterar la calma del caserón señorial, y de la calle triste, y de la ciudad muerta...

¡Despierta, corazón! ¡Aviva esos recuerdos, haz que nunca se apaguen, que hoy y mañana sigan viviendo frescos y lozanos!...

Carlótica no olvida. En la monótona y triste pesadez de su vivir, son los recuerdos los que mantienen ese fuego remoto que luce en sus pupilas azules. ¡Y hace ya tanto tiempo! Más de un año y de dos; acaso tres... ¡Aquel revoltoso y travieso Luciano!... ¡El primo Luciano, cuyas hazañas de estudiante tenían consternados á sus severos tíos don Pablo y doña Luz, padres de Carlótica!

Aquel jovenzuelo tan guapo y tan risueño, que un día se fué lejos, muy lejos, con más valor que el Cid y más voluntad que un César, á estudiar y á trabajar, á una ciudad grande que no estaba muerta como ésta, ni era tan triste... El primo Luciano, que al marcharse, tras de un beso á plena boca, dejóla tan triste con aquella despedida llena de lágrimas: ¡Carlótica, Carlótica! ..

\* \*

Hoy al entrar en la calle solitaria y triste, he sentido de lleno en el rostro, algo así como un soplo de ventura, de esperanza, de alegría. El caserón señorial no mostraba la severidad de su arquitectura monumental; parecía, como si aquel soplo extraño, hubiera suavizado sus ángulos y le diera aspecto protector.

Y tras de los cristales del balcón, Carlótica tenía la cara fresca y sonriente, un brillo suave en sus ojos azules, un mohín en sus labios, un rojo gozoso—de amapola—en sus mejillas...

No me digas qué es ello, Carlótica; que tus rizos juguetones y tus ojos y tus labios me lo dicen; que me lo dicen todo las amapolas de tus mejillas y el aspecto protector del sombrío umbral; y un soplo suave que recorre la calle de uno á otro extremo, y alborotando, murmura á mi oído:

¡Ha habido carta de Luciano! ¡Ha habido carta de Luciano! El sobre es gris y los sellos rojos; y al abrirla, se ha extendido un perfume suave que dice alegrías y narra venturas. Y el pliego es blanco y la letra es grande y negra, y hay al empezar unas palabras que suenan á gloria y saben á besos; palabras de Luciano, que es como repiqueteo de campanas de p'ata; palabras de Luciano, que alborotadoras y alegres parecen gorjear de ruiseñor; palabras de Luciano, que son mieles y risas; palabras de Luciano, que dicen: ¡Carlótica, Carlótica!...

FERNANDO DURÁN SOUZA.



# CONCURSO DE CUENTOS

---

La revista NÓMADA, en su noble deseo de estimular á los que comienzan ahora la jornada por la senda de la Literatura, á los inéditos, á los que luchan llevando como armas á la palestra la luz de la inteligencia y el aliento de la juventud, proyecta la celebración de varios concursos, abriendo primeramente uno de Cuentos, con arreglo á las siguientes

---

## B A S E S

---

- Primera. Los trabajos que se remitan á este concurso no excederán de treinta cuartillas en letra menuda.
- Segunda. Dichos trabajos, que se dirigirán al Secretario de Redacción de NÓMADA, calle de Gondomar, 10 (Córdoba), habrán de ser absolutamente originales é inéditos.
- Tercera. Estarán escritos en castellano y firmados con un lema; y en un sobre lacrado y señalado con el mismo lema, se remitirá el nombre y la dirección del autor.
- Cuarta. Se admitirán trabajos hasta las doce de la noche del día 12 de Abril.
- Quinta. Un Jurado competente estudiará los cuentos remitidos y emitirá fallo, el cual se publicará, inmediatamente de ser conocido, en los principales periódicos de Madrid, provincias y América latina.
- Sexta. El Jurado designará los cuentos que merezcan publicarse, lo que se hará en la sección de «Cuentos de NÓMADA» con la venia de sus autores, publicándose los lemas de aquéllos al mismo tiempo que se dé cuenta del premiado. Los autores se dirigirán á NÓMADA diciendo si están ó nó conformes con la publicación de sus obras.
- Séptima. Se otorgará un premio único de

== 250 Pesetas ==

Córdoba 1 de Marzo de 1911